

PANORAMA DEL ASIA ORIENTAL

II. TAILANDIA (1.^a: 1950 - 1967)

Dentro del mosaico que forman los países del Extremo Oriente es, tal vez, en Tailandia donde se acusa en mayor grado el profundo impacto causado en la región por el descompromiso norteamericano. No podía ser de otra forma, ya que los sucesivos Gobiernos que se sucedieron en Bangkok desde el final de la segunda guerra mundial, confiando excesivamente en las promesas y en el poderío estadounidense, habían estrechado sus lazos con Washington hasta tal extremo que el país se había convertido en uno de los más firmes puntales de la presencia y actuación de los Estados Unidos en el Asia oriental. Es necesario subrayar el papel de fiel aliado que desempeñó Tailandia durante el último cuarto de siglo para poder aquilatar el verdadero alcance y significación de los acontecimientos que se vienen sucediendo últimamente en el bello país asiático, que, en 1949, había cambiado su antiguo nombre de Reino de Siam por el actual de Tailandia, «país de los hombres libres».

El 5 de mayo de 1950 era coronado en Bangkok el rey Phumibol Adulyadej, XI monarca de la dinastía de Chakri, que sucedía a su hermano el rey Ananda Mahidol, fallecido en junio de 1946¹.

Casi inmediatamente después, Tailandia pasaba a ser el primer país del Extremo Oriente que secundaba a los Estados Unidos en la guerra de Corea, enviando allí cuatro mil soldados —aunque estas

¹ El rey Phumibol Adulyadej nació en Cambridge (Massachusetts) el 5 de diciembre de 1927, siendo el tercer y último hijo del príncipe Mahidol de Songkhla, que a la sazón se encontraba estudiando Medicina en la citada Universidad americana. Cursó sus estudios en Estados Unidos y en Lausana (Suiza), donde asistió a *L'Ecole Nouvelle*, donde también cursara sus estudios su hermano, el rey Ananda Mahidol. Terminada la segunda guerra mundial, y a la muerte del abuelo, ciñó la Corona tailandesa Ananda, que tuvo un fin infortunado, ya que en junio de 1946 fue hallado muerto en su gabinete, al parecer debido a un accidente cuando manipulaba un arma de fuego. Algunos meses más tarde pasaba a ocupar el Trono su hermano Phumibol, que contaba dieciocho años en ese momento. Regresó a Lausana para estudiar Derecho y Ciencias Políticas, hasta que el 5 de mayo de 1950 fue coronado como monarca de Tailandia.

fuerzas estuviesen colocadas en la órbita de las Naciones Unidas—, que participaron brillantemente en la lucha contra los ejércitos comunistas coreanos y sus aliados.

Bangkok había escogido, de forma decidida, su trayectoria política. Sus gobernantes opinaban que después del triunfo del comunismo en la China continental los restantes países del Extremo Oriente se hallaban condenados a seguir ese camino dócilmente o de enfrentarse a las fuerzas revolucionarias mediante la lucha armada. Bangkok esperaba que las potencias occidentales, que con tanta energía habían respondido al reto coreano, mantendrían su firmeza en el futuro. En febrero de 1955, la capital tailandesa albergaba la Conferencia de la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (OTASE), a la que Tailandia concedía una atención preferente en razón de su misión de contención militar del comunismo en el Sudeste asiático. Resultaba fundamental para el futuro del país—si pretendía continuar como país libre y democrático—la fortaleza de esa alianza, especialmente cuando en las fronteras orientales del Reino, en Laos, los ejércitos comunistas del Pathet Lao aumentaban constantemente su vigor y el perímetro de las regiones bajo su control. «Si Laos cayese en manos hostiles, una invasión de Siam podría verse coronada por el éxito antes de que sus aliados pudiesen tratar de ayudarle»².

La situación resultaba más compleja porque el Mekong es una frontera política y no racial, ya que en las márgenes siamesa y laosiana del gran río habitan ramas de la raza siamesa intensamente mezcladas entre sí en el curso de los siglos. En tales condiciones, habida cuenta de la facilidad en el paso del curso fluvial, resulta imposible controlar la infiltración de agentes comunistas en Tailandia. Todo esto suscitaba, inevitablemente, la inquietud de los gobernantes de Bangkok, que estaban comprobando la intensidad de la propaganda subversiva que se ejercía entre las poblaciones del nordeste del Reino, donde se concentraban los agentes revolucionarios en razón del mayor atraso y de unas condiciones económicas más precarias. En el resto del país, la propaganda adversaria no podía tener demasiado éxito, ya que los campesinos eran propietarios de las tierras que cultivaban y vivían decorosamente. En algunos distritos, tales como en el noroeste, el nivel de vida es francamente alto, especialmente desde que se había erradicado la malaria. «Es imposible contemplar unas poblaciones más felices o más prósperas que las que habitan las aldeas que rodean Chiengmai»³.

² STEVEN RUNCIMAN: *The Times Weekly Review*, 17 febrero 1955.

³ STEVEN RUNCIMAN, *op. cit.*

No obstante, la rotunda política anticomunista distaba de suscitar el asentimiento general. Además de unos grupos universitarios seriamente influidos por las doctrinas maoistas, existían en el propio Gobierno elementos inclinados a una mayor flexibilidad en la política exterior. El mariscal Pibul Songgram, jefe del Gobierno, parecía influenciado por el auge de las corrientes neutralistas que se habían desarrollado en Tailandia durante los dos o tres últimos años. Aprovechando esas inclinaciones, en septiembre de 1957, un golpe militar, dirigido por el mariscal Sarit Thanarat, deponía a Pibul y se hacía cargo del poder, declarando inmediatamente que Tailandia no cambiaría su política exterior ni su adhesión a la OTASE.

El acontecimiento resulta sobremanera significativo porque —a pesar de las rivalidades personales y de las ambiciones que se comprueban en el fondo de este asunto— revela cómo hace tres lustros se estaban ya dibujando las fuerzas antagónicas que habían de librar una última confrontación en 1973, en condiciones totalmente distintas. Entonces ya se apreciaba en el país, como reconocía *The Times*, la existencia de una fuerte corriente de opinión, «gran parte de la cual, aunque no desea romper sus lazos con Occidente, vería con agrado que Siam estrechase sus vínculos con sus vecinos más cercanos; un Siam que adoptase, al fin, las maneras de la nueva Asia. El golpe del mariscal Sarit puede ser, indudablemente, una barrera que impida cualquier cambio decisivo en un futuro inmediato, pero esto puede significar que Siam se aferra por última vez a las viejas maneras políticas»⁴.

Las elecciones de diciembre de 1957 dibujaban un panorama harto confuso de las fuerzas en presencia: el Partido Unionista lograba 48 escaños; el Demócrata, 36; los grupos izquierdistas, 13, y los independientes, 59. La mayoría de estos últimos formaban parte del Partido *Seri Manangasila*, del mariscal Pibul, que ahora estaba en el exilio en el Japón. Por otra parte, sólo había votado el 30 por 100 del censo. En estas condiciones de escaso interés político y de equilibrio partidista, el Gobierno de Nai Pote Sarasin se hallaba ante una auténtica encrucijada, que se resolvía, en enero de 1958, con el nombramiento del general Thanom Kittikachorn como primer ministro. Después de las elecciones de diciembre, el mariscal Sarit contaba con los 123 diputados nombrados de los 283 escaños de la Asamblea. Sarit formaba inmediatamente un nuevo Partido, el Socialista Nacional, para unificar a los diputados nombrados con los del Partido Unionista

⁴ *The Times Weekly Review*, 26 septiembre 1957.

del doctor Sukich Nimmanhemin y con unos treinta independientes que habían pertenecido al Partido Seri, del mariscal Pibul.

Reorganizadas sus fuerzas, el 20 de octubre de 1958, otro golpe de Estado militar, dirigido nuevamente por el mariscal Sarit Thanarat, derribaba al general Kittikachorn. El mariscal Sarit proclamaba la ley marcial y declaraba que «el golpe se produce en el momento oportuno, dada la grave y peligrosa situación interior y exterior del país». Afirmaba que tomaba el poder «para hacer frente a la seria amenaza comunista del exterior y del interior y para preservar la Monarquía constitucional». Más tarde anunciaba que se procedería a la disolución de la Asamblea y que sería revisada la Constitución.

En enero de 1959 era decretada una Constitución provisional, haciéndose cargo de la jefatura del Gobierno el mariscal Sarit Thanarat. El eje central de su política, aparte de la contención del comunismo, consistía en el saneamiento nacional en los más diversos sectores, tratando de eliminar la corrupción y las costumbres degradantes. Así, el 1 de julio de dicho año presidía en Bangkok una ceremonia en la que se quemaron solemnemente nueve mil pipas de opio. Se cerraban los fumaderos y la policía quedaba encargada de vigilar a los 60.000 fumadores de opio que estaban legalmente inscritos para comprobar si se iban regenerando o necesitaban ser hospitalizados.

Las amenazas comunistas comenzaban a concretarse, con suficiente entidad, en septiembre de 1960. En dicha fecha se producía una grave tensión con Laos después de que el Gobierno de Vientian acusase a Bangkok de «agresión y sabotaje». El mariscal Sarit declaraba ante la Asamblea Nacional que su Gobierno y el Ejército tailandés estaban dispuestos a hacer frente a todo movimiento, en cualquier tiempo y lugar. Después de hacer notar que el Gobierno de Vientian estaba inclinado a la izquierda, advirtió que «los agentes subversivos enemigos no dudarian en implicar a Tailandia en un asunto de escala internacional». El mariscal añadía que los países situados lejos de Laos «pueden creer que nuestra actitud es exagerada, pero precisamente están en la imposibilidad de juzgar la importancia de la amenaza comunista».

KENNEDY ORDENA LA INTERVENCIÓN EN TAILANDIA

El año 1962 significa para Tailandia una fecha decisiva. Se cumplían, entonces, nueve años de la primera ofensiva comunista lanzada contra el Reino de Laos, y las huestes del Pathet Lao se disponían a extender sustancialmente el territorio que controlaban, aprovechándose de los errores y de las vacilaciones de las potencias occidentales que debían garantizar los términos del armisticio y que dudaban en ayudar al Gobierno anticomunista de Bun Um para lograr, como así ocurrió, la formación de otro «neutralista» dirigido por el príncipe Suvanna Fuma—hermanastro del príncipe Sufanuvong, el máximo dirigente del Pathet Lao comunista—, quien, por torpeza o complicidad, ha terminado por entregar Laos al comunismo. En febrero de 1962, las tropas del Pathet Lao iniciaban el ataque a la estratégica ciudad de Nam Tha, situada en la frontera con Tailandia. En Bangkok cundió la alarma, y el jefe del Gobierno, Sarit Thanarat, ordenaba a las fuerzas armadas tailandesas que estuviesen preparadas para defender la frontera norte del país en el caso de que los ejércitos comunistas laosianos ocupasen Nam Tha y pretendiesen invadir Tailandia. Por su parte, el ministro de Defensa, Thanom Kittikachorn, informaba que las unidades móviles habían sido colocadas en estado de alerta, dispuestas a trasladarse a la frontera en cualquier momento.

El Sudeste asiático entraba nuevamente en ebullición y se perfilaba la gran batalla que allí había de librarse en los años sucesivos. Washington, aunque tardíamente, comenzaba a adoptar ciertas precauciones que hubiesen resultado efectivas de haber mantenido una actitud consecuente, invariable, con la misma firmeza con que actuaban los enemigos, quienes, una vez adoptada una decisión, la llevan a la práctica de manera inflexible, sin desalentarse por los obstáculos con que se puedan enfrentar.

A primeros de marzo, el secretario de Estado norteamericano, Dean Rusk, facilitaba un comunicado aclarando que los Estados Unidos ofrecerían toda la ayuda militar que Tailandia pudiese necesitar para hacer frente a una eventual agresión comunista y que procedería en tal sentido sola o asociada a los restantes miembros de la OTASE. Todo parecía indicar que los restantes miembros de esa Alianza vacilaban en adoptar una actitud semejante ante el temor de provocar una intervención directa de China en el conflicto. La irresoluta diplo-

macia occidental no se decidía a adoptar una determinación enérgica, que hubiese cortado de raíz las veleidades comunistas de Hanoi de implantar su sistema político propio en todo el Sudeste asiático. Una ojeada a la prensa occidental de aquellos días nos la muestra sumida en el temor de que una postura demasiado gallarda, vigorosa, por parte del Oeste determinase «una intervención directa de Pekín en los problemas que el mundo tiene planteados, lo que podría complicar extraordinariamente el desarrollo de las próximas negociaciones Este-Oeste, que han de reanudarse la semana próxima en Ginebra», según argumentaba el *New York Times*. Otro rotativo afirmaba que «tanto por Occidente como por parte de los Estados Unidos existe el interés coincidente de evitar que China pueda convertirse en una potencia nuclear» y para ello no encontraba fórmula mejor que la de no irritar a Pekín, descartando la adopción de medidas duras. Este análisis retrospectivo hace resaltar la falta de visión que ha caracterizado a los estadistas occidentales de estas últimas décadas, lo que ha traído como consecuencia inevitable que fuesen manejados a su antojo por los dirigentes del mundo socialista—soviético, chino o sus adláteres—, que se caracterizan por una penetración visual mucho más profunda y realista de los acontecimientos internacionales.

No obstante, el presidente norteamericano, John F. Kennedy, poseía un indiscutible talento político, al que se unía la ayuda que le proporcionaban los brillantes asesores que había concertado en torno suyo. Kennedy pudo ser la excepción a la general ineptitud, pero su capacidad de maniobra quedaba limitada por la falta de verdadero calor popular hacia el protagonismo americano y, en consecuencia, su instintiva repulsa de cualquier postura de fuerza, que era la que se necesitaba en aquellos momentos. El 8 de marzo, sin conceder excesiva importancia a los remilgos de otras capitales, Kennedy hacía firmar en Washington un acuerdo—signado por los respectivos ministros de Asuntos Exteriores, Dean Rusk y Thanat Joman—en virtud del cual tropas norteamericanas podrían ser enviadas a Tailandia en caso de una abierta agresión comunista, sin tener que esperar la aquiescencia de los otros miembros de la OTASE.

Mientras tanto, en Bangkok se extremaban las medidas para contrarrestar cualquier posible acción del enemigo, y el 25 de abril era ejecutado en la capital Ruan Wongfand, que había confesado ser el jefe del Partido Comunista en Tailandia central.

Durante ese intervalo, las tropas del Pathet Lao habían conquistado Nam Tha y Muong Sing y alcanzaban la frontera tailandesa

en las orillas del Mekong. Con ello se completaba la primera fase de su plan de expansión en el Sudeste asiático. ¿Iban a proseguir su avance, invadiendo Tailandia? No podía desconocerse la gravedad de esta amenaza y, por ello, el 14 de mayo, Tailandia pedía oficialmente ayuda a los Estados Unidos, que ponía en estado de alerta al conjunto del dispositivo militar americano en el Pacífico y enviaba unidades de la VII Flota al Golfo de Siam. Mientras tanto, Bangkok reforzaba, por tercera vez en tres meses, sus efectivos militares en la frontera de Laos, y el propio primer ministro, acompañado por el del Interior y del jefe del Estado Mayor, inspeccionaba ese sector fronterizo. Un comunicado de la Presidencia del Gobierno precisaba que el reforzamiento del dispositivo de defensa se había hecho necesario por la ruptura del «alto el fuego» en Laos y el avance de las tropas comunistas. El comunicado añadía que se habían tomado las medidas necesarias para albergar y alimentar a los civiles laotianos que se habían refugiado en Tailandia, mientras que los militares habían sido desarmados e internados.

El 15 de mayo, el presidente Kennedy se reunía con los dirigentes de los dos grandes partidos norteamericanos para subrayar que el inminente desembarco de «marines» en Tailandia se llevaba a efecto «para asegurar la integridad» de aquel país. Insistía en que el envío de fuerzas debía ser interpretado como un acto defensivo realizado en virtud del pacto bilateral concertado entre Bangkok y Washington de acuerdo con la Carta de las Naciones Unidas y previo informe al secretario general de la ONU.

Mientras tanto, los aliados de los Estados Unidos mostraban reacciones ambiguas ante los acontecimientos. En Londres, el secretario del Foreign Office, lord Home, declaraba ante la Cámara de los Lores que la violación por los comunistas del «alto el fuego» en Laos había producido una situación peligrosa. Gran Bretaña apoyaba moralmente la acción militar norteamericana al enviar tropas a Tailandia, especialmente después de que hubiesen fracasado los esfuerzos hechos por Londres para conseguir que la URSS accediera a convocar la Conferencia de Ginebra, como responsable del mantenimiento del armisticio. Como era de esperar, la Unión Soviética reaccionaba indignadamente ante aquellas medidas. *Pravda* atacaba duramente a los Estados Unidos por sus últimas medidas sobre Laos y advertía que podían provocar graves consecuencias. De fuente oficial se aseguraba que los procomunistas no escatimarían ningún esfuerzo para conseguir el establecimiento de un Gobierno neutralista en Laos.

Poco antes del desembarco de los soldados norteamericanos, Kennedy advertía que 1.800 hombres, un regimiento completo, así como aviones de la Marina y de las Fuerzas Aéreas, constituían la vanguardia de estas fuerzas destinadas a desvanecer cualquier amenaza a Tailandia, ya que «una amenaza a Tailandia—agregaba—es de grave preocupación para los Estados Unidos. Yo he ordenado—proseguía— a los elementos adicionales de las fuerzas militares de los Estados Unidos de América, tanto de tierra como del aire, que se dirijan a Tailandia y permanezcan allí hasta nueva orden. Estas fuerzas van a ayudar a asegurar la integridad territorial de ese pacífico país».

Simultáneamente, el Gobierno de Bangkok publicaba un comunicado afirmando: «El Gobierno de los Estados Unidos y de Su Majestad están de acuerdo en que algunas unidades de las fuerzas norteamericanas desembarquen en Tailandia para cooperar con las Fuerzas Armadas del país en la defensa y preservación de la paz y seguridad contra las amenazas de las tropas procomunistas.»

El día 16 comenzaba el traslado en helicóptero, desde las naves de la VII Flota al aeropuerto de Don Muang, del primer contingente de 485 hombres. Los siguientes efectivos eran trasladados desde el aeropuerto, en aviones «Hércules», a las bases tailandesas del noreste del país. Al mismo tiempo, los primeros doce cazas «F-100», tomaban tierra en el aeródromo de Ta Kli. Se había puesto en marcha la gran operación, que proseguiría en los días sucesivos.

Ese mismo día, el Gobierno de los Estados Unidos pedía a los de Gran Bretaña, Nueva Zelanda, Australia y Filipinas—sus aliados en la OTASE—que enviasen contingentes militares, aunque fueran puramente simbólicos, a Tailandia. Pero la demanda no obtuvo acogida positiva, ya que sólo Australia y Nueva Zelanda se declararon dispuestas a participar en la empresa. Debe ser subrayado este acontecimiento porque, al demostrar la falta de colaboración entre las potencias occidentales, en este y otros muchos casos, se descubre la auténtica razón del porqué las potencias del bloque socialista—cuyas disensiones internas se marginan cuando llega el momento de la acción—se imponen continua y permanentemente en el foro internacional y logran desenlaces siempre favorables a sus intereses. En el caso de Tailandia, la impulsiva decisión de Kennedy fue frenada por la falta de eco entre sus propios aliados y—con esos altibajos característicos de su actuación en otros problemas: Bahía de Cochinos, bases cubanas de cohetes, etc.—redujo fulminantemente el alcan-

ce de sus proyectos iniciales. Por lo pronto descartó totalmente la eventualidad de una intervención en Laos para obligar al Pathet Lao a retroceder a los límites de los que partieran al desencadenar su imprevista e ilegal, según los acuerdos de Ginebra, ofensiva. La comprobación de esta realidad envalentonó, como no podía por menos de suceder, al enemigo, y así los portavoces comunistas declararon, con firmeza, que no retirarían en ningún caso sus tropas de Nam Tha y Muong Sin. Kennedy, al verse solo, dio un nuevo paso atrás e hizo ver al príncipe Bun Um la necesidad de impedir que sus fuerzas iniciaran una contraofensiva ante el temor de que los norteamericanos se viesen en la obligación moral de acudir en su socorro y ayuda. Finalmente, Washington se resignaba a no exigir que las huestes comunistas volviesen a su punto de partida⁵. Pero es que, además, adoptó una decisión mucho más grave, que constituyó un error capital para el futuro: es decir, volcó toda su influencia para conseguir la creación de un Gobierno de coalición en Laos bajo la presidencia del príncipe Suvanna Fuma—fórmula que la Unión Soviética había adelantado calurosamente—, sin caer en la cuenta de que con ello se hipotecaba el porvenir de Laos en favor del comunismo. El generalísimo Chiang Kai-shek, que conocía la mentalidad asiática y los métodos comunistas mucho mejor que Kennedy, había aconsejado a Bun Um que no se sometiera a la presión ni participase en el proyectado Gobierno de coalición. Pero la presión norteamericana en tal sentido alcanzó una intensidad de tal naturaleza que la solución acabó imponiéndose, lo que puede considerarse como el remoto antecedente del desastroso desenlace presenciado en 1975. De nada sirvió que Bun Um, apoyado por el general Fumi Nosavan, exigiese garantías: «Deseamos—decía—formar un Gobierno unido, pero necesitamos una garantía por parte del príncipe neutralista Suvanna Fuma de que Laos no será entregado al comunismo, y hasta ahora no hemos recibido esa garantía indispensable.»

En tales condiciones, si se había decidido plegarse a las exigencias de los adversarios, ¿qué sentido tenía la permanencia en Tailandia de los ocho mil soldados norteamericanos que allí habían desembarcado? No faltaba quien opinaba que su verdadera misión consistía en interponerse entre las tropas del Pathet Lao y las de

⁵ El presidente Kennedy, en su conferencia de prensa del 17 de mayo, declaraba que Washington «no insistiría en que los rebeldes del Pathet Lao procomunista se retiren hasta las posiciones que ocupaban antes de la violación del acuerdo de alto el fuego la semana pasada. Los Estados Unidos preferirían que los comunistas se retirasen a las posiciones que ocupaban antes de apoderarse de Nam Tha, pero es esencial que ahora reine la paz a lo largo de la línea actual».

Bangkok para impedir que éstas se lanzasen a la ofensiva para prevenir un ataque comunista.

Lo único positivo que se desprende de este episodio es la inmensa decepción que se apoderó de Tailandia al comprobar, el 17 de mayo, las verdaderas intenciones norteamericanas. Bangkok había trepidado de euforia horas antes, cuando creyó poder interpretar la llegada de las fuerzas americanas como la señal de una próxima intervención en Laos que alejase de Tailandia el fantasma del comunismo. La decepción creó amplios grupos de opinión que se manifestaban refractarios a proseguir la colaboración con los Estados Unidos en los ambiguos términos actuales. La importancia que tales corrientes tuvieron en el futuro no puede desconocerse. Tal vez el súbito cambio de signo de la intervención decretada por Kennedy en Tailandia—es decir, el tránsito de la beligerancia activa contra el agresor al apoyo de las orientaciones neutralistas, contemporizadoras del Pathet Lao—esté en la raíz de la oleada de antiamericanismo que comenzó a palpase en los ambientes, en los no oficiales, por supuesto, más distintos del país tailandés.

MUERTE DE SARIT, CONJURAS Y TENSION CON CAMBOYA

El 9 de diciembre de 1963 fallecía el mariscal Sarit Thanarat y le sucedía el general Thanom Kittikachorn. Un año después, en diciembre de 1964, se descubría la conjura de un grupo de oficiales del Ejército para derribar al Gobierno. Entre los arrestados figuraban ocho altos jefes, siendo dos de ellos mariscales del Aire. El ministro del Interior, general Prapas Charusathien, informaba que éste era el cuarto intento de derribar al Gobierno desde la muerte del mariscal Sarit.

En junio de 1965 se agudizaba la tensión con Camboya. Fue en agosto de 1963 cuando se habían revelado serias discrepancias entre ambos países. Entonces, el jefe del Estado camboyano, príncipe Norodom Sihanuk, había acusado a Tailandia de estar preparando la anexión de la provincia fronteriza camboyana de Koh Kong. Como medida precautoria por si esta acusación presagiaba una intervención de Phnom Penh, Bangkok ordenó el traslado a la frontera camboyana de algunas unidades militares. Ahora, el 23 de junio de 1965, la tensión se había agravado después de haberse registrado numerosos incidentes fronterizos durante las últimas semanas. El Gobierno

camboyano acusaba enérgicamente al de Bangkok, diciendo en un comunicado que Tailandia había difundido tres acusaciones tendenciosas. La primera se refería a que el 20 de junio una compañía de soldados camboyanos—según las informaciones de la prensa tailandesa—había penetrado en territorio tailandés, cerca de la población de Khau Wong y que cuatro camboyanos habían resultado muertos. La segunda, a que la delegación tailandesa en las Naciones Unidas había informado de que el 20 de junio «alrededor de cien soldados camboyanos habían penetrado en territorio tailandés y que se habían desarrollado violentos combates». La tercera citaba una declaración del primer ministro tailandés según la cual «los cuerpos de trece soldados jmers habían sido encontrados en el interior del territorio de Tailandia». Para el Gobierno camboyano—según afirmaba el comunicado de referencia—, por el contrario, los milicianos tailandeses son los que se infiltraron en el interior del territorio jmer, en la provincia de Koh Kong, capturando un guardia fronterizo camboyano. «El Gobierno tailandés—continuaba el comunicado—prosigue incansablemente sus afanes expansionistas sobre el territorio jmer y no sería sorprendente que dicho Gobierno intente llevar a la práctica, en un porvenir más o menos cercano, la anexión de la provincia de Koh Kong, pretendiendo obrar a título preventivo.»

Prosiguiendo con la mayor energía en su política anticomunista, Tailandia llegaba a un acuerdo con Malasia para luchar contra los terroristas de dicha filiación. El 13 de marzo de 1965, el ministro de Asuntos Exteriores de Malasia, Abdul Rahman, y el viceministro de Defensa de Tailandia, mariscal del Aire Chullasapya, firmaban en Kuala Lumpur un compromiso bilateral para colaborar en el exterminio de los terroristas comunistas que se ocultaban a lo largo de la frontera común. En el momento de la firma, el ministro malasio declaraba: «Nuestros dos países están de acuerdo para eliminar a los terroristas comunistas de nuestra frontera.» Abdul Rahman aclaraba que uno de los puntos principales del acuerdo consistía en el establecimiento de un cuartel general de Servicios Secretos en Songkhla, al sur de Tailandia, que se encargaría de facilitar a las fuerzas de ambos países informaciones secretas sobre las actividades de los terroristas. El mariscal tailandés agregó que unos cuatrocientos cincuenta comunistas malasios se ocultaban en la zona fronteriza.

INCREMENTO DEL TERRORISMO

En Tailandia, uno de los países más progresivos y estables del Sudeste asiático, las maniobras para fomentar la «guerra del pueblo» se encontraban, en 1965, en una fase preliminar, pero ya podían advertirse algunos resultados significativos. Tailandia es el único país de la región que posee una larga historia de independencia libre de colonialismo, lo cual ha fortalecido el patriotismo tailandés. La situación económica del país, por otra parte, es muy superior a la de los países limítrofes, que han sido devastados por la guerra durante varias décadas. Tailandia es, tradicionalmente, exportadora de arroz en una región hambrienta y su economía creció a un ritmo aproximado al 6 por 100 anual durante los años sesenta, a los que nos estamos refiriendo. A pesar de ello, Tailandia debía enfrentarse a numerosos problemas, entre ellos los que se derivan de la etapa del desarrollo. En una primera fase se produce—en todas partes—una desproporción de la riqueza entre las ciudades y el campo, y en Tailandia se acusaba notablemente una relativa pobreza de las regiones predominantemente agrícolas en relación con las urbanizadas. A consecuencia de ello, se hacía muy urgente la adopción de los planes necesarios para elevar el nivel de vida de los campesinos, para evitar que el descontento se tradujera en una ayuda a los elementos subversivos, que pretendían aprovechar el desnivel económico del campo para atraerlo en su ayuda, siguiendo las técnicas de la guerra subversiva preconizada por el maoísmo. En la situación general del Sudeste asiático, consumido en el incendio de una guerra interminable, los problemas de Tailandia debían de agudizarse sin remedio. Y faltó la decisión de llevar a cabo vigorosos planes de reformas que hubieran alejado todo peligro de contaminación ideológica. La guerra que la circundaba condicionaba todos los desenlaces futuros del país. El ministro de Asuntos Exteriores, Thanat Joman, en mayo de 1966, declaraba que «el porvenir de Tailandia y del Sudeste de Asia que no es comunista, así como del mundo no comunista, depende del resultado de la lucha en Vietnam del Sur. Por tanto, todo lo que se haga en Vietnam del Sur tendrá consecuencias importantísimas para el Asia no comunista»⁶.

Resulta imposible no advertir, en efecto, que la lucha desenca-denada en Vietnam, en Laos y en Camboya, más tarde, obedecía a

⁶ HARALD MUNTHE-KAAS: «Far from Bangkok», *Far Eastern Economic Review*, Hong Kong, núm. 177, 19 mayo 1965.

un plan general. Los resultados obtenidos últimamente—la comunización total de la antigua Indochina francesa— así lo han demostrado. Y también resulta obvio que tras de Indochina las fuerzas del comunismo han de aspirar a extender su régimen a Tailandia, Birmania, Malasia e Indonesia, en las que se comenzaba a crear los primeros núcleos guerrilleros, operación previa para una guerra ulterior.

La guerra había de resultar larga y sangrienta. El único obstáculo, desaparecida la presencia francesa, consistía en las tropas norteamericanas, pero se contaba con que a la larga se produjera el desaliento, como así ha ocurrido. Por el contrario, las masas asiáticas, con infinita tenacidad, no tienen en cuenta el tiempo, que es siempre su aliado. Así, en Tailandia, el ritmo de la subversión, hasta ahora inapreciable y limitado a unas regiones excéntricas y muy concretas, se incrementó al intensificarse la guerra vietnamita. El ministro chino de Asuntos Exteriores, Chen Yi, en una frase que ha sido citada muchas veces, le dijo a un diplomático europeo que visitaba Pekín en enero de 1965 que «habrá guerra de guerrillas en Tailandia este mismo año». Lo cual se cumplió al pie de la letra. Pekín amenazaba, en reiteradas ocasiones, a Bangkok advirtiendo que su actitud de apoyo a los Estados Unidos durante la guerra vietnamita provocaría represalias en el interior de Tailandia. El 1 de noviembre de 1964 una hoja clandestina comunista, *Ekkarat* (Independencia), anunciaba la constitución del Movimiento de Independencia Tailandés (MIT), decidido a derribar el Gobierno de Bangkok y a romper los lazos con los Estados Unidos, haciendo un llamamiento a «todas las fuerzas patrióticas amantes de la democracia, sin distinción de clases o posición». El manifiesto fue difundido por Radio Pekín, en tailandés; Radio Pathet Lao, también en tailandés, y Radio Pyongyang, lo que demuestra la perfecta sincronización e interdependencia de dicho movimiento con sus similares del Asia comunista. La acción subversiva creció en importancia el 23 de enero de 1965, cuando se anunció la creación, el 1 del mismo mes, del denominado Frente Patriótico Tailandés (FPT) como «organismo político dispuesto a colaborar con todos sus compatriotas de uno y otro sexo, de cualquier edad, profesión, religión o tendencia política que sean amantes de la paz y de la democracia».

Siguiendo esa línea de acción, el terrorismo comunista se acentuaba en noviembre de 1965, fecha en la que resultaban asesinados 24 policías tailandeses en la región nordeste. Unos 42 agentes comu-

nistas o miembros del FPT eran detenidos en el sur del país cuando intentaban reclutar simpatizantes.

Pero fue en 1966 cuando alcanzaron gran volumen las actividades de los guerrilleros comunistas. Este acontecimiento era realizado por la prensa china. El *Diario del Pueblo* declaraba: «Los tailandeses se han levantado en armas. Están decididos a derrotar el régimen reaccionario del traidor Thanom Kittikachorn por medio de una guerra popular para lograr la liberación nacional»⁷. La situación llegaba a ser tan preocupante que Bangkok ordenaba, en enero de 1966, el cierre de la mitad de la frontera con Laos para prevenir la infiltración de comunistas y armamento. En abril se efectuaban intensas operaciones militares de limpieza por las fuerzas de seguridad tailandesas, y en agosto Malasia y Tailandia celebraban una conferencia de tres días en Bangkok para establecer los planes de una defensa conjunta contra los guerrilleros, cuyas actividades habían aumentado notablemente. En noviembre, el ministro del Interior anunciaba que el Gobierno reclutaría 80.000 voluntarios para encargarse de la vigilancia de 20.000 poblados situados en las provincias del nordeste y del sur del país contra la infiltración de bandas de comunistas armados. Pocos días después, el 16 de noviembre, las tropas tailandesas, con helicópteros de reconocimiento, patrullaban en la región nordeste, donde se había desarrollado un violento encuentro dos días antes. En esa confrontación —ocurrída en el distrito de Nakae— ocho agentes y oficiales de la policía habían resultado heridos y un grupo había quedado cercado por los atacantes. Catorce comunistas habían sido capturados y uno resultó muerto. Al día siguiente, en otro encuentro, cuatro policías resultaban muertos por los guerrilleros. A partir de entonces, toda la región, considerada como peligrosa, era patrullada constantemente por los helicópteros americanos del escuadrón 606, con base en Nakornpanom, y la situación llegaba a ser tan crítica que el Gobierno de Bangkok prohibía dar noticias sobre las operaciones y mencionar el número de bajas.

Se comprende el regocijo que este panorama causaba en Hanoi. El 26 de diciembre, el diario del ejército popular de Vietnam del Norte escribía: «Los Estados Unidos temen que Tailandia se transforme en un segundo Vietnam, pero es su política la que está haciendo de Tailandia un segundo Vietnam... La trágica situación de Tailandia es el resultado de la política colonialista agresiva de los

⁷ Servicio Internacional de Radio de la Agencia de Noticias Nueva China, Pekín, 28 enero 1966.

Estados Unidos y de la política reaccionaria de los actuales dirigentes tailandeses, tanto en el plano interno como en el exterior... Los dirigentes tailandeses han vendido su soberanía para permitir a los Estados Unidos hacer del territorio tai un trampolín de guerra. Los arrozales se entregan a los Estados Unidos para que los transformen en bases militares, y el arroz se ofrece a las tropas americanas. Así, Tailandia, país agrícola próspero, padece hambre.»

El menguado apoyo que los Estados Unidos concedían a Tailandia para combatir a los movimientos guerrilleros y la escasa ayuda militar que este país recibía de Washington ⁸ no impedían a Bangkok ligarse cada vez más estrechamente a la superpotencia norteamericana. En suelo tailandés se encontraban destacados, en octubre de 1966, más de treinta mil soldados norteamericanos, especialmente de la fuerza aérea—que contaba con cuatro campos de aviación en Takhli, Korat, Udorn y Ubon, y con instalaciones de radar en Mukdahan, Ubon y Chiang My—, y este número tendía a aumentar. Poco a poco, Tailandia se estaba convirtiendo en un eslabón fundamental de la cadena forjada por los Estados Unidos para hacer frente a la guerra vietnamita. Para fortalecer la buena disposición de aliado tan fiel como desinteresado, el presidente Johnson llegaba a Bangkok el 28 de octubre de 1966. En una breve alocución, el primer mandatario norteamericano declaraba poco después de su llegada que esperaba que la China Popular y Vietnam del Norte colaboraran algún día con todos los países en verdadera hermandad de paz. «Esperamos ese día—agregaba—porque la paz es nuestro más sincero anhelo. No buscamos una enemistad eterna, no deseamos dominar a nadie y estamos decididos a que ninguna nación sea dominada por otra en el Pacífico.» En la ceremonia de entrega de las llaves de la capital, Johnson decía en su discurso: «Me he dado cuenta, una vez más, de que las mismas olas que llegaban a Bang Saen y Bangkok van también a Malasia, Vietnam del Sur y Filipinas. Y estas mismas aguas son las que llegan a Corea del Sur, a Australia y a Nueva Zelanda y, muchos miles de kilómetros más allá, alcanzan también a mi propio país en Hawai y en Alaska y en los Estados continentales de Washington, Oregón y California, estas olas hablan del profundo significado de mi viaje, porque nosotros hemos aprendido nuevamente que somos hermanos del Pacífico, con intereses comunes y un destino común.»

⁸ El 29 de octubre, el presidente Johnson proponía elevar la ayuda militar a Tailandia en un 33 por 100, con lo que ascendería a 60 millones de dólares.

Las conversaciones de Johnson en Bangkok fueron fructíferas para los Estados Unidos y para la causa que defendían en el Sudeste asiático, ya que Tailandia se comprometía ampliamente en la guerra de Vietnam. Así, el 14 de noviembre de 1966, se anunciaba el envío de un contingente naval tailandés (dos barcos y doscientos oficiales y soldados) a Vietnam, y el 29 de diciembre siguiente se informaba oficialmente que el Gobierno de Bangkok proyectaba enviar ochocientos soldados, especialmente entrenados para luchar en la selva, a Vietnam. Simultáneamente, a partir de febrero de 1967, veinte bombarderos «B-52» serían transferidos a Tailandia desde sus bases de Guam para encontrarse más próximos a sus objetivos. Para ello había sido acondicionada la base de Sattahip para acoger a los gigantescos bombarderos, uno de los cuales podía transportar, por sí sólo, más bombas que una docena de los caza-bombarderos que se empleaban hasta entonces.

Para ultimar los acuerdos, llegaba a Bangkok, el 12 de diciembre de 1966, el secretario de Estado norteamericano, Dean Rusk. Según las indicaciones proporcionadas, el objetivo principal consistía en discutir con el Gobierno de Bangkok «sobre el tema de la guerra de guerrillas» en el país.

Tailandia se encontraba ya totalmente inmersa en el sangriento conflicto del sudeste asiático.

JULIO COLA ALBERICH

N O T A S

